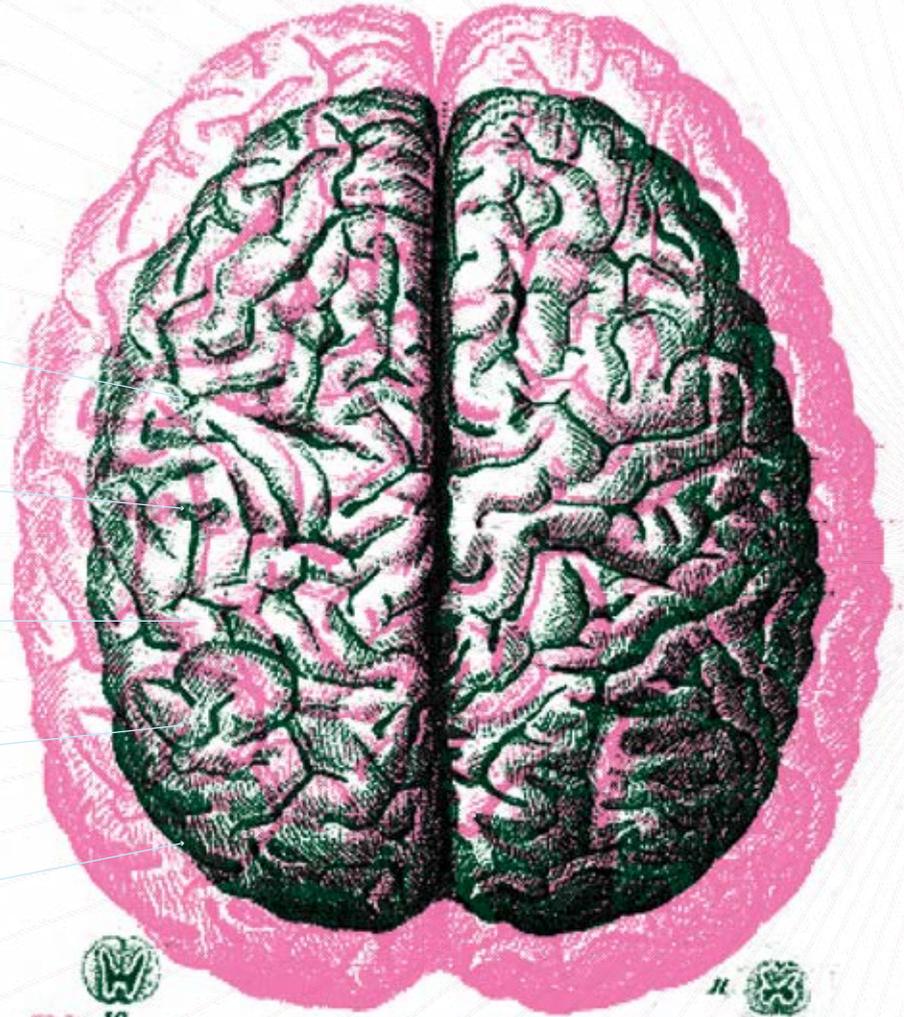


Investigar en  
la memoria;  
rastrear  
el Alzheimer



Empecé a estudiar la enfermedad de Alzheimer por accidente; no fue algo que me hubiera propuesto desde el principio. Mi interés en la investigación ha sido indagar en las bases neuropsicológicas de la memoria, pero no podía limitarme a cerebros sanos. En neurociencias, las alteraciones del cerebro son, además de males que curar, oportunidades para entender mejor los fenómenos que éste sustenta.

Rápidamente encontré buenas razones para acercarme a la enfermedad de Alzheimer y tratar de hacer un aporte, por pequeño que fuera, a su comprensión. Lo primero que me sorprendió fue la gravedad del problema. Aunque el Alzheimer no se contagia, sus dimensiones, en términos de salud pública, se ajustan a lo que llamamos “epidemia”. Según el Alzheimer’s Disease International (o Informe Mundial sobre la Enfermedad de Alzheimer) que realizó el Instituto Psiquiátrico King’s College de Londres, 35.6 millones de personas en el mundo padecían de alguna forma de demencia en el año 2010. Este número tiende a duplicarse cada 20 años, de modo que podrían alcanzarse los 115,4 millones de afectados en el año 2050. Aproximadamente el 60% de estos casos correspondería a la enfermedad de Alzheimer. La prevalencia de la enfermedad muestra un aumento vertiginoso, especialmente en América Latina. ¿Por qué es así? La respuesta es sencilla, pero muy cruel: porque cada vez somos más y

vivimos más. Por ejemplo, si usted que me lee, logra vivir hasta los 65 años, la probabilidad de desarrollar Alzheimer es de aproximadamente el 15%, pero si tiene la suerte de alcanzar los 80 años, el riesgo de desarrollarla aumenta hasta alrededor del 35%.

---

***El acertijo sigue sin ser resuelto, pero se han hecho avances significativos que prometen tratamientos eficaces.***

---

Otra característica del Alzheimer, que me impactó y que constituye un reto para la investigación, es su implacable evolución: en esta enfermedad se instaura un patrón de deterioro continuo y progresivo que no solamente altera la memoria sino también otras funciones cognitivas como el lenguaje (afasia), las habilidades motoras (apraxia) y la percepción (agnosia). En sus etapas finales, las personas presentan dificultad para manejar funciones básicas como tragar o contener sus esfínteres. El rango de vida de una persona aquejada por este mal puede variar entre dos y quince años. Además, no existe un tratamiento que logre detener y mucho menos revertir el deterioro causado. El mal de Alzheimer es tristemente devastador tanto para los pacientes como para sus familias, y se ha convertido en un gran reto

para los sistemas de salud. Ninguno de nosotros quiere pasar sus años de retiro en una situación semejante (ni como paciente, ni como cuidador de uno), por lo que la enfermedad de Alzheimer nos concierne a todos.

Una tercera razón, no menos importante, para estudiar la enfermedad de Alzheimer es el enorme interés de la comunidad científica internacional en el tema, lo que se manifiesta en una abundante producción científica, en la posibilidad de acceder a financiación de proyectos y en la realización de ensayos clínicos de tratamientos. Se sabe que la enfermedad comprende una compleja cascada de factores fisiológicos y que la genética juega un papel central. De gran ayuda han sido los estudios realizados con familias en las que la enfermedad muestra un patrón claro de herencia y se manifiesta de forma temprana, tal y como en las familias antioqueñas que estudia el equipo de investigación que lidera el Dr. Francisco Lopera.

Hasta ahora, se distinguen dos tipos de Alzheimer: el tipo esporádico, de inicio tardío (65 años en adelante) y responsable de entre el 90% y el 95% de los casos; y el tipo familiar, de inicio temprano (alrededor de los 40 años), responsable de entre el 5% y 10% de los casos. El acertijo sigue sin ser resuelto, pero se han hecho avances significativos que prometen tratamientos eficaces.

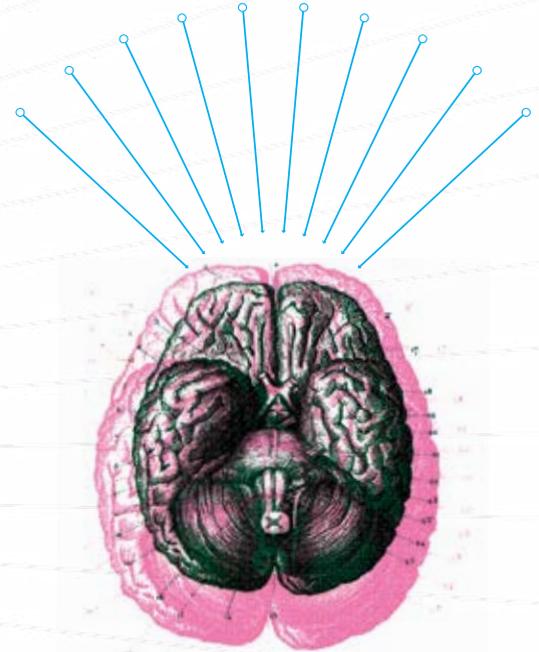
***Hace falta todavía mucho trabajo y esfuerzo para descifrar la enfermedad de Alzheimer, pero cada vez hay más motivación, pues muchas piezas del rompecabezas han empezado a encajar.***

Mi aporte a la investigación en Alzheimer tiene que ver con la identificación temprana, en el ciclo vital, de las personas que van a desarrollar la enfermedad. He aportado evidencia de que adultos jóvenes con una condición genética de riesgo para desarrollar el tipo esporádico de la enfermedad (que son portadores del alelo APOEε4), pueden presentar alteraciones de la memoria episódica, alrededor de los 40 años. El objetivo, aunque lejano, de este tipo de investigación es hacer identificaciones prospectivas de las personas que van a desarrollar la enfermedad, mucho antes de que la enfermedad empiece a hacer estragos, de cara a desarrollar un tratamiento preventivo. En el tipo esporádico de Alzheimer, el riesgo genético mejor establecido es una buena pista, pero no permite saber quién va a desarrollar la enfermedad en el futuro: muchas personas con esta condición nunca desarrollan la enfermedad y, en cambio, otras que no la tienen terminan enfermando. Por ello, una manera de aproximarse al estudio del mal es buscar factores de riesgo adicionales que puedan asociarse o sumarse al genético, por ejemplo las alteraciones tempranas y presumiblemente sutiles de la memoria. Es aquí cuando

la psicología, con sus modelos y herramientas sobre la memoria, puede ser de gran utilidad.

Pero no pretendo angustiar a los lectores. La evidencia muestra que la memoria es uno de los procesos que primero se afecta a medida que pasan los años, por lo que es relativamente “normal” que la memoria tenga fallos con cierta frecuencia, como cuando vamos a la cocina y nos encontramos con la nevera abierta tratando de recordar qué teníamos que hacer allá, o cuando buscamos desesperadamente las gafas... con las gafas puestas. En cambio, las alteraciones de la memoria asociadas con el Alzheimer son más frecuentes y de otro talante. Por ejemplo, es posible olvidar que hace un par de horas se estuvo almorzando con los amigos.

Hace falta todavía mucho trabajo y esfuerzo para descifrar la enfermedad de Alzheimer, pero cada vez hay más motivación, pues muchas piezas del rompecabezas han empezado a encajar. El panorama es prometedor porque hay un verdadero cúmulo de evidencia que ha derivado en interesantes aportes teóricos que permiten idear posibles rutas de tratamiento. Esperemos que estos ensayos tengan éxito y que pronto nos sorprendan con un tratamiento eficaz.



### **Danny Edward Varón**

Es psicólogo y concluyó su magíster en el tema de la memoria. Le pega al positivismo en forma: últimamente se ha sumergido en el mundo de las neuronas espejo e investiga sobre la neurobiología de las emociones. **Con cariño le decimos que no se pone contento sino que libera endorfinas. Es profesor de varias universidades, entre ellas Icesi.**